

la forma, descuidada y a ratos incorrecta, sino más bien en la manera limpia, *sui generis* que posee Barros Alfonso para enfocar los sucesos, sin renunciar a su categoría de hijo de familia, algo regalón, ni al desenfado valeroso de sus opiniones. Quizá si influya en ello el ambiente juvenil europeo que nimba todos los episodios del libro, simbolizado por el ciervo blanco que cruza una autopista, usurpadora de su poético bosque y en la moral deportiva de los adolescentes. Esta nueva moral, que algún rígido cuáquero pudiera estimar corrupción, alienta todas las circunstancias que vive el protagonista y contrasta con el rubor que sofrena el escrito o con la vulgar prudencia del hijo del diplomático.

Es sorprendente, de todos modos, ver anotada la rotunda afirmación de que en París bullía un ambiente de abierta colaboración con los enemigos, que incluía el paseo de las mujeres elegantes frente a sus ojos ávidos y que, en cambio, en algunos países nórdicos la resistencia fué tenaz, doméstica y hasta pueril: desde el pequeño detalle hasta el sabotaje catastrófico. Lo mismo ocurre al informarse de que los «chilenos», prisioneros de la Gestapo en París, no sabían una palabra de castellano pero sostenían haber vivido todos en una misma casa ubicada en la calle Santo Domingo. En resumen, un libro de glosas amables, discutibles y amenas, que se hace leer, primera exigencia que puede formularse a un autor.

<https://doi.org/10.29393/At278-16UCLM10016>

#### UN CUENTO

La narración de un cuento se hace más intensa cuando menos influye en su factura la retórica. El cuento tiene una gestación parecida al poema y al chiste, pues en forma análoga parecen concebirse ambos en el subconsciente. El maestro de los cuentistas modernos, Guy de Maupassant, sabe combinar los factores decisivos: el dramatismo de la anécdota, la fluidez vital del hecho, con el dominio de los pequeños recur-

sos, sin que se descubra al literato ávido por causar el deslumbramiento. Lo mismo ocurre con Próspero Mérimée y con Alfonso Daudet, este último en un grado más bajo en materia de pensamiento. Igual verismo logran los rusos Puschkin, Chejov y Andreieff, presentando al lector la escena de la vida más ahondada de lo que ella la ofrece, pero conservando el «suceso puro», como escribió Valéry.

El cuentista uruguayo Horacio Quiroga, maestro en el cuento trágico obtiene también este verismo, pero alcanza el otro extremo con su falta de preocupación retórica: sus percepciones son exactas, capaces de producir la totalidad del dramatismo, pero su carencia de estilo lo lleva hasta el desaliño rampón. Uno de sus cuentos «El almohadón de plumas», se basa en una pareja de recién casados. Ella, fina y frágil; él, rotundo y sano, nítida estampa del hombre laborioso y fuerte. De súbito ella empieza a sentirse decaída y llena de miedo y empalidece en forma temible. El marido lo atribuye, naturalmente, al hecho del matrimonio y sólo llama al médico cuando la joven no puede levantarse. Entonces el descenso vital sobreviene súbito y ocurre la muerte. Sólo después de ella se perciben unos orificios casi invisibles, sobre sus sienes y al mover la almohada de plumas, salta a la vista un escorpión horrible repleto de sangre.

Luis Durand en «El pato», a nuestro gusto el mejor de sus cuentos, ya que en «Vino Tinto» se descubre el afán retórico por alejar el truculento y horrible desenlace, estructurándolo en forma demasiado literaria, logra un efecto mágico con muy escasos elementos. Presenta dos hombres que caminan por el campo sureño en invierno, trasminados por la lluvia y el viento; ninguna puerta se les abre hospitalaria y el hambre ya les resulta insufrible. Es de noche y las tinieblas hacen más intenso todavía el desamparo, cuando, desde el cielo, les cae un pato, caliente aún, vencido, antes que ellos, por la tempestad.

Después del pánico del primer instante, los hombres dan gracias a Dios por el repentino y restaurador alimento.

Sin embargo hoy, mientras escribimos, surge, en las páginas de un diario, un cuento descarnado y horrendo que regala la realidad cotidiana con su parquedad y dramatismo. Se informa que han sobrevenido los fríos más intensos; los peores, seguramente, de los últimos sesenta años. Hasta la puerta de la cárcel, llega uno de los furgones de la policía, cargado de vagabundos. La mayoría han sido detenidos por ebrios, mas, al revisar las guías, se observa que uno de ellos no viene anotado y se le pone en libertad. El hombre, de más de 50 años, se sienta en un banco de la vecindad del edificio penal y luego se muere de frío. Conviene esbozarlo así, escuetamente, este cuento digno de los narradores clásicos y que ofrecemos a la competencia de nuestros autores. Bastaría, según nuestra modestísima opinión hacer un contraste entre el aire diáfano de la libertad y el frío implacable de la muerte.